
Bautismo, Penitencia y Eucaristía: Sacramentos de nueva vida, arrepentimiento y comunión

El sacramento y las relaciones personales

Sería un error considerar la Eucaristía sólo como uno de los siete sacramentos. Más bien, la Eucaristía, como el Manantial y Cumbre de la vida cristiana y de cada uno de los miembros de la Iglesia, es única entre los sacramentos.

La Eucaristía es la celebración de la Iglesia entera del misterio pascual de Jesucristo, su muerte, resurrección y envío del Espíritu Santo. Los otros sacramentos son formas particulares de celebrar el misterio pascual y representan maneras particulares de aplicarlo a nuestras vidas, por ejemplo, en nuestra confirmación a la misión, la recepción de la misericordia y perdón de Dios, en nuestro compromiso de amor-dador de vida en la alianza del matrimonio. Cuando consideramos la enorme gracia del arrepentimiento y reconciliación, podemos ver claramente una relación particular entre cada uno de los sacramentos del Bautismo, Penitencia y Eucaristía.

El Bautismo nos une a la muerte y resurrección de Jesús, y por tanto, al Padre y de unos a otros (ver Romanos 6:3–4) como miembros de su Cuerpo, la Iglesia (ver Efesios 4:4–6). Es importante recordar que el bautismo es también un sacramento de arrepentimiento y reconciliación porque santifica los pecadores. Después del gran sermón de Pedro en el primer Pentecostés, la gente le preguntaba que debían de hacer para ser salvados. Pedro respondió: *“Arrepiéntanse y sean bautizados para el perdón de sus pecados”* (ver Hechos 2:14–39). Este bautismo de arrepentimiento significa que los pecados, tanto el original como los personales, son perdonados, y entramos a una relación reconciliada con Dios. Nos encontramos en comunión con El que quiere compartir su vida con nosotros.

La Penitencia ha sido llamada nuestro segundo bautizo. Este es el sacramento para aquellos que, después del bautismo, después de ser irrevocablemente llamados hijos e hijas de Dios, han pecado y se encuentran

aislados de la gracia de Dios y del Cuerpo de Cristo, su Iglesia. El sacramento de la penitencia renueva la gracia del arrepentimiento y nos restablece a una relación reconciliada con Dios y su Iglesia previamente establecida en el bautismo. Así mismo, nos reorienta a la Eucaristía, que nos restaura plenamente en la comunión y reconciliación que nos han sido dadas por medio del sacrificio, muerte y resurrección de Cristo Jesús. Claramente, estos tres sacramentos, bautismo, penitencia y Eucaristía, están íntegramente vinculados como sacramentos de nueva vida, arrepentimiento y comunión en esa misma vida.

Brevemente, el bautismo nos brinda el perdón básico, una conversión hacia Cristo Jesús y su Iglesia. La penitencia depende del bautismo y despierta nuevamente una vida de perdón y pertenencia que tuvieron su principio en el bautismo. Al mismo tiempo, la penitencia nos ayuda a entrar al momento culminante de la comunión que es la realidad de la Eucaristía, comunión con el sacrificio de Cristo y su Cuerpo que es la Iglesia. En sentido a la relación íntima en el bautismo, la penitencia y la Eucaristía como sacramentos de nueva vida, arrepentimiento y comunión, pueden ser mejor aún, al enfocar más concretamente en el sacramento de la Eucaristía y arrepentimiento. ¿Como es exactamente que, el arrepentimiento, la conversión de corazón, nuestra búsqueda y aceptación del perdón de Dios, se relacionan a nuestra participación en la Eucaristía como comunión en el sacrificio de Jesús, y la vida de su Cuerpo, la Iglesia?

La Eucaristía presupone el arrepentimiento

Compartir en el Cuerpo y Sangre del Señor, participar en su sacrificio, estar unidos al nivel más profundo de nuestras vidas con otros creyentes en el misterio redentor del amor de Dios, se asume que todo esto implica un corazón arrepentido y convertido que es capaz de vivir esta sagrada comunión. Pero si nos encontramos aislados de Dios y de nuestro prójimo, somos incapaces de vivir esta comunión, hasta que lleguemos al arrepen-

timiento y la aceptación del perdón de Dios. En el Evangelio de Mateo, Jesús dice: “Si cuando traes tu ofrenda al altar, recuerdas que tu hermano tiene algo en contra tuya, deja tu ofrenda y regresa a reconciliarte con tu hermano y entonces regresa y presenta tu ofrenda ante el altar” (5:23–24). Así mismo, san Pablo escribe: “. . . quienquiera que coma el Cuerpo y beba la Sangre del Señor indignamente, peca contra el Cuerpo y la Sangre del Señor (1 Corintios 11:23–24). A la luz de estos juicios bíblicos, la Iglesia enseña que aquellos que están concientes de pecado serio en sus vidas, deben primeramente confesar sus pecados en el sacramento de la penitencia para ser perdonados antes de recibir el Cuerpo y Sangre del Señor en la Eucaristía.

La Eucaristía incluye arrepentimiento y perdón

Hay muchas oraciones en la liturgia Eucarística que claman a la misericordia y perdón de Dios por los pecados. Por ejemplo, el Rito Penitencial inicial incluye un llamado a revisar las faltas y a estar concientes de la misericordia de Dios “Señor, ten piedad” o *Kirie Eleyson*. El Gloria incluye las palabras “Señor Dios, Cordero de Dios, tu que quitas los pecados del mundo, ten piedad de nosotros”. La proclamación del Evangelio no es solamente un llamado al arrepentimiento, pero también un momento de perdón, como la oración personal del sacerdote al final del Evangelio indica: “Que las palabras del Evangelio borren nuestros pecados”. Las Plegarias Eucarísticas se vuelven hacia el Señor buscando el perdón: “Aunque somos pecadores, confiamos en tu misericordia y en tu amor. No consideres lo que verdaderamente merecemos, más bien concédenos tu perdón”. Las palabras de la Institución presentan

concretamente palabras de perdón: “. . . que la Sangre de la alianza nueva y eterna que es derramada por todos para el perdón de los pecados . . .” El Padre nuestro, el Cordero de Dios, “Señor, yo no soy digno” en el rito de comunión, todas las oraciones contienen palabras de perdón y arrepentimiento. Aunque no disminuye la necesidad del sacramento de la penitencia, la Eucaristía es un evento de nueva vida, arrepentimiento, perdón y reconciliación. La Iglesia nos enseña

que a través de nuestra participación en la Eucaristía, los pecados veniales son perdonados.

Arrepentimiento, perdón y comunión: Frutos de la Eucaristía

Nuestra participación en la Eucaristía, de acuerdo a las enseñanzas de la Iglesia, nos capacita para evitar el pecado. En otras palabras, la Eucaristía nos da la fuerza para vivir una vida transformada y de continua conversión. Nuestra celebración de la Eucaristía en el transcurso diario de nuestras vidas nos reúne en más completa comunión con Dios y entre unos y otros en el Cuerpo de Cristo. La enseñanza de San Pablo contiene la base de estas convicciones. En la 1 Carta a los Corintios escribe: “La copa de bendición que bendecimos, ¿no es comunión con la Sangre de Cristo? Y el pan que partimos ¿No es comunión con el Cuerpo de Cristo? Porque el pan es uno y todos compartimos del mismo pan” (1 Corintios 10:16–17) En la Eucaristía, fuente y cumbre de la vida de la Iglesia y de cada uno de

sus miembros, encontramos la culminación de nuestro peregrinar en arrepentimiento y comunión. Aquí encontramos a Cristo, que es nuestra vida y nuestra paz.